

Maravall y el hecho literario

Hace casi veinticinco años, en el auge de mi fervoroso discipulado con José Antonio Maravall, escribí una crítica apasionada de su trabajo sobre *La Celestina* en la que incluí algunos juicios que provocaron el desdén de quienes, seguramente, sabían más que yo. Uno de ellos se refería a la necesidad de incorporar a la *historia de la literatura* la perspectiva y el instrumental con que la sociología —ciencia siempre algo mostrenca y en aquel entonces novísima entre nosotros— prometía revolucionar nuestro conocimiento del pasado tanto, ¡ay!, como el del presente. Hoy no tengo ya tanta fe en semejantes promesas, pero conservo intacto el convencimiento de que la aportación de autores como Maravall a aquella disciplina habría de resultar beneficiosa y aun fundamental para su imprescindible renovación.

Allí mismo hacía hincapié en que esa aportación de gente ajena a la *historia de la literatura* había sido y era fundamental para su desarrollo, al menos en España, y apuntaba la hipótesis, atrevida como juvenil, de que tal injerencia se justificaba precisamente por el hecho de primar entre nosotros la *historia literaria* de inspiración manualística y no existir, en cambio, una auténtica disciplina fundada sobre bases epistemológicas medianamente dignas. Después de tanto tiempo, la verdad es que sigo sin tener razones para corregir aquella atrevida hipótesis.

Quizá por eso recuerdo con frecuencia un comentario que escuché a Maravall con motivo de un ciclo de conferencias que pronunció Zubiri en la *Sociedad de Estudios y Publicaciones* y que, si no me engaño, fueron luego recogidas en su obra *Cinco lecciones de Filosofía*. Añoraba Maravall al gran historiador de la filosofía que podría haber sido Zubiri e incluso especulaba sobre si, con su dedicación metafísica en lugar de historiográfica, no habríamos perdido un Zubiri más actual y más útil. Muchas veces he recordado esa sospecha que tan bien le cuadraría al propio Maravall con sólo cambiar el objeto de trabajo. Efectivamente, qué buen historiador de la literatura hubiera podido ser Maravall.

Hay un buen número de escritores españoles ajenos a este campo de estudio que, sin embargo, demostraron extraordinaria aptitud y mejor instinto para valorar e interpretar el hecho literario. Por lo que a Maravall se refiere, hay que mencionar enseguida a

Ortega, su maestro confesado, cuya paladar literario tanto estimaba. Pero, claro, son los ejemplos que encontramos entre los propios historiadores los que interesan ahora destacar. Don Ramón Menéndez Pidal, por ejemplo, logró aunar su obra estricta de historiador, de medievalista, con su trabajo de historiador de la literatura que Maravall, según mi recuerdo, valoraba especialmente, a pesar de la distancia saludable que supo mantener siempre frente al *castellanismo* implacable del viejo maestro. En este sentido es significativo el tono cortés pero distante en que está escrito el prólogo con que don Ramón honró la primera edición de *El humanismo de las armas en Don Quijote*, allá por 1948, libro cuestionable por muchos conceptos que Maravall supo corregir profundamente al editarlo —despojado ya de aquel prólogo— con el título nuevo de *Utopía y contrautopía en el Quijote*.

Sobre historiadores del talante abierto y culto de Maravall pesó mucho también, a mi entender, el modo de trabajar de Américo Castro, a cuya obra, contra lo que alguna vez se ha aventurado, Maravall atendía con extremado interés aunque rechazara de plano —y no sin cierta incontinencia verbal— su interpretación *casticista* del pasado hispano, y a pesar del injusto desdén con que Castro respondió —porque, desde luego, fue una respuesta— a la obra de Maravall sobre *La Celestina* con su precipitado librito *La Celestina como contienda literaria*.

Creo, sin embargo, que más que estas aproximaciones y encuadres disciplinarios, nos interesa recordar cuál fue el perfil historiográfico diseñado por Maravall muy tempranamente en su *Teoría del saber histórico* y cómo y por qué, más o menos atenido a ese perfil, dio tanta importancia, en su trabajo de historiador, al *hecho literario*. Por supuesto que no me detendré siquiera sobre la consabida monserga de que Maravall fue un historiador *libresco* y no *documentalista* o *archivístico* —la verdad es que no sé cómo decir—, circunstancia que para sus enemigos lo descalificaría en cierta medida. Dejo esa brega para ellos y para ciertos fanáticos del *documento*, cuyo número, por otra parte, decrece en la misma proporción en que se diluye, desacreditada, la tentación *ultraposivista*.

Pues bien, lo primero que habría que resaltar en esa *Teoría del saber histórico* —publicada en 1958, pero madurada desde mucho antes— es la obsesión epistemológica de que a la «nueva Ciencia» —se entiende el término por referencia a las ciencias *naturales*, sobre todo a la física— debía corresponder una «nueva Historia» o, para expresarlo con mayor precisión, de que la Historia debía aprovechar el destello de la revolución científico-natural para repensar sus debilidades, reconsiderar la precariedad de su condición *científica* y dotar su arsenal hermenéutico con herramientas nuevas, cuyo uso justificaba cierto paralelismo que había establecer entre los fundamentos epistemológicos de las *ciencias de la naturaleza* y las *ciencias de la cultura*, y en especial la Historia.

Hay que decir, además, que de esta obsesión participó por aquel entonces mucha gente y que Maravall entraba con ella en terreno abonado por la proverbial atención que en los círculos orteguianos —empezando por la difundida explicación que el propio Ortega dio acerca del *sentido histórico* de la obra de Einstein, ya en 1923— se dedicó a aquellas ciencias. Era general la impresión de que la *relatividad* introducida en el conocimiento del mundo físico por los hallazgos teóricos de Einstein y su descendencia, afectaba a la *realidad histórica* y a cualquier otra porque hacía estallar en su médula las viejas convic-

ciones de la gnoseología aristotélica. En el caso de Maravall, desde luego, esta sensación de *quiebra lógica* de los presupuestos del conocimiento, que entonces estaba bastante difundida, corría pareja a su idea de que, tras la revolución *relativista*, era imprescindible replantear de nuevo y a fondo la figura del propio sujeto investigador, es decir, del observador, cuya *intervención* en la realidad observada se tenía ya por axiomática, una vez abandonada con carácter definitivo la ilusión de su *neutralidad*.

Desde luego, vista con perspectiva, no deja de tener su lado ingenuo esta preocupación maravalliana por reforzar el planteamiento epistemológico con el testimonio favorable de los científicos del área *natural*. Maravall conoció con cierto detalle la teoría científica de la revolución *relativista*, y se mantuvo durante mucho tiempo atento a ella y, sobre todo, a la reflexión metodológica de los Einstein, Max Born, Heisenberg, etcétera. Especial interés demostró por las interpretaciones de Oppenheimer, y no hay más que hojear la *Teoría* para percatarse de que su interés se prolongó en cuantas direcciones —que no fueron pocas— se fue extendiendo la discusión, por ejemplo, hacia el área de la reflexión religiosa (Jordan, Eddington, Bavink y tantos otros autores). En fin de cuentas, Maravall intentaba sacar su consecuencia historiográfica de la inteligente y llamativa idea de su maestro Ortega, quien afirmaba sagaz y osadamente estar en presencia de un proceso que acabaría transformando, sin más, los *modos de pensar*.

Es posible que la *Teoría del saber histórico* no resista hoy otra lectura que la testimonial, pero aun así, esa obra entraña una reflexión bien significativa. Entre otras cosas, por lo que tiene de actual el énfasis que Maravall ponía en el papel de ese *observador* activo, interviniente, que *construye su objeto* —llega a decir— contra lo que suponía acaloradamente el ultrapositivismo. Claro que esa hipótesis chirriaba también con estridencia en el marco plácido de la Historia *idealista*, para la que la realidad era un dato o un referente externo al observador.

Todo esto puede parecer ahora quizás algo elemental, pero no lo era, desde luego, en el complicado contexto ideológico de la época de postguerra. Es notorio, de otro lado, el carácter ecléctico de la formación historiográfica de Maravall, explorador de terrenos teóricos tan diversos como los que ofrecen las obras de Ranke o Dilthey, de Bauer o E. Meyer, de Rickert o Braudel, citados sean al azar entre los muchos cuyo conocimiento directo acredita la *Teoría* y dejan entrever todas sus obras.

De esa curiosa amalgama fue sacando Maravall sus conclusiones más perentorias, y con ellas pretendió conectar la reflexión metodológica de los científicos *naturales*. Conoció de este modo un *observador* no sólo activo, sino capaz de *construir la realidad*, de *hacer el hecho en la realidad*, con lo que se alejó tanto de la tentación idealista como del positivismo extremado. Según él, ese *observador* era quien elegía los *hechos*, quien los relacionaba entre sí hasta insertarlos en *conjuntos* dotados de sentido y capaces, al tiempo, de conferirles sentido a ellos. La discusión —también de estirpe idealista— sobre el alcance y significado de lo *individual* en la Historia, enlazaba, en esta teoría que Maravall iba esbozando, con la idea anterior, permitiendo determinar el valor científico que en Historia tiene la *generalización*. Acercarse a los *hechos* históricos supone, en suma, la determinación de encajarlos en aquélla, lo que quiere decir que *construir* una *generalización* —un marco, una perspectiva— requiere conocer esos *hechos*. De este modo zanja-

ba Maravall, no sin cierto aliento simplificador, una vieja cuestión que, para el modo de trabajo que él emplearía en adelante, habría de resultar, sin embargo, decisiva. Y de este modo daba también la medida de esa habilidad tan característica de su trabajo y que consiste en abordar la investigación histórica con parsimonia, convencido tal vez de lo inevitable de ese tejer y destejer el paño esquivo del pasado, de lo conveniente que resulta ese acercarse al objetivo y retomar sobre la marcha la perspectiva suficiente para dominarlo en la posición relativa de la que recibe su *sentido*.

Y con esto volvemos a nuestro asunto, a través de una pregunta que resuena repetida en la *Teoría* y en la que él gustaba insistir: ¿dónde están esos *hechos*? En respuesta a esa pregunta, Maravall encontró pronto el camino de la *literatura*. Quizá sea preciso recordar que la tarea divisada por Maravall tras su breve dedicación al Derecho Político —disciplina que profesó antes de ganar su cátedra definitiva— fue nada menos que *construir una Historia del pensamiento político* concebida sobre el modelo de la que en Francia se cultivaba con el nombre de *histoire des idées* y es preciso reconocer que este tipo de Historia estaba por hacer en España casi enteramente.

Acaso pudiera buscarse un buen precedente en la obra de Menéndez Pelayo —obra que Maravall, que yo recuerde, aún valorándola, no era capaz de estimar con ecuanimidad y contra la que prodigaba frecuentes pullas—, obviada su casi insalvable flexión integrista y reaccionaria. Pero ése no era, en cualquier caso, el modelo de Historia que él quería hacer, ni el tipo de *pensamiento* que tenía determinado buscar y restaurar. Creo de justicia recordar que, en ciertos aspectos, una obra olvidada como el —a mi entender, excelente en muchos aspectos— manual de los Carreras Artau, proporcionaba una primera aproximación al tema, como lo prueba el uso frecuente que Maravall hacía de él, en especial a efectos pedagógicos.

Pero la idea era, en definitiva, otra. Alguna vez me contó Maravall que su descubrimiento de la literatura clásica española o, al menos, su primera ocasión de trato asiduo y demorado con ella, tuvo lugar en plena Guerra Civil, aprovechando el ocio que su destino en el batallón anarquista en que hubo de emplearse con el grado de sargento —¡y destino en cocina!— le proporcionaba. Doy el dato no por lo que tiene de anecdótico, sino porque, al menos para quienes conocieron a Maravall de cerca, ha de resultar muy ajustado a su modo de trabajar.

Maravall fue, en efecto, un extraordinario lector de los clásicos —quizás el más pródiigo que he conocido— y su oficio de escritor funciona íntimamente apegado a esa vocación lectora. Por eso digo que la curiosa circunstancia de su primer encuentro con la literatura clásica —una amplia biblioteca en el ocio forzado de una retaguardia— encaja bien con su modo de trabajar que consistía en leer atenta y cuidadosamente, reteniendo panoramas, anotando detalles, buscando relaciones y parentescos para hilvanarlos en líneas suficientemente explicativas que, engarzadas luego entre sí, terminarían por dibujar *conjuntos* inteligibles y representativos. Toda la vida estuvo Maravall reuniendo materiales —unos veinticinco años, por ejemplo, tardó en reunir los que acumuló al final de su vida en su monumental estudio de la picaresca—, sacando papeletas que ordenaba cuidadosamente, desbrozando materiales muy diversos, como hemos de ver, pero siempre guiado por el designio de integrarlo todo en un esquema general capaz de dar cuenta de lo que había sido nuestro pensamiento político en la Historia.